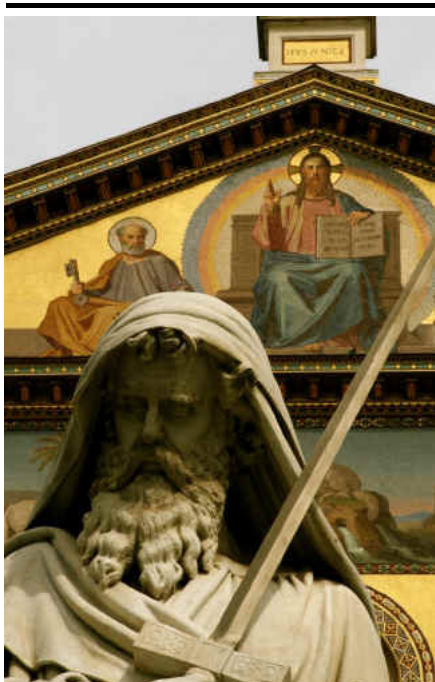


Plan Diocesano de Pastoral (VI)



San Pablo en la Basílica de San Pablo Extramuros de Roma.

Santidad, Misión y propia Vocación

Hay circunstancias en la vida, normalmente ante sufrimientos, en las que uno hace constataciones que serán decisivas para su enfoque vital en el futuro. Por ejemplo, cuando uno se siente traicionado, desengañado, utilizado, despreciado... y constata: **“¡No merece la pena ser bueno!”**.

Me duele esta afirmación, cuando la oigo cada vez en gente más joven. **Es más común de lo que parece**. El otro día me decía un niño: “No puedo decir la verdad, porque encima me castigan”. Ciertamente hemos llegado a una situación de inversión (perversión) de valores que tiene consecuencias lamentables para nuestra propia felicidad.

Digo esto porque **el objetivo VI del Plan Diocesano de Pastoral**, que tenemos desde el 2.006 hasta el 2.010 dice: **“Alentar a los cristianos de nuestra Iglesia a que se sientan llamados a la santidad y a la misión, siguiendo la propia vocación”**.

La santidad no nos debería asustar. ¡Eso es imposible! Entre nosotros tenemos ejemplos como Sor Consuelo Utrilla, religiosa Mínima, o Santos Álvaro Cejudo, padre de familia, que está enterrado en la parroquia de Santa Quiteria de Alcázar de San Juan. **Todos tenemos la responsabilidad de sacar lo mejor de nosotros mismos**, con la ayuda de Dios y la de los demás, con el fin de encontrar nuestra propia felicidad y contribuir al bien de los que nos rodean. Quizá así se podría traducir lo de ser santos. Pero, claro, tal como están las cosas, **tenemos que empezar por convencernos a nosotros mismos de que merece la pena ser buenos, decir la verdad, buscar el bien...** a pesar de las dificultades.

Tiene que ver mucho esta idea con otra que aparece en el enunciado del objetivo: **“...siguiendo la propia vocación”**. Nos resulta chocante, porque hemos dejado esa palabra, “vocación”, para las monjas y los curas; pero en sentido cristiano, **todos tenemos que descubrir la propia vida como una vocación**, que hoy en día es casi lo mismo que decir que hemos de **descubrir el sentido religioso de nuestra vida**. Cada persona tiene que vivir, desde su libertad, la llamada que lleva en su interior, puesta por Dios, para realizarse personalmente y ser feliz. Para ello es imprescindible la labor educadora, (que no impone lo que quiere, sino que ayuda a potenciar las posibilidades de cada uno) de los padres, los sacerdotes, los catequistas... De tal forma que, si fuésemos buenos educadores, habría más sentido religioso de la vida y más vidas con sentido de vocación para ser seculares, casados o solteros, religiosos

(as) y sacerdotes. **Hay crisis de vocaciones porque hay una crisis más profunda de falta de sentido religioso de la vida**, agravada por esas “terribles” constataciones que hacemos en momentos cruciales: “Si esto de Dios no sirve para nada”, que se graban, como manchas de acero, en el interior de nuestro niños.

Si descubriésemos nuestra propia vocación en la vida y no tuviésemos miedo a eso de la santidad, haríamos verdad el axioma que dice que **nuestra sociedad necesita “más testigos que maestros”**. Es decir, **seríamos cristianos**, como dice el presente objetivo, **“llamados a la misión”** y con nuestra vida daríamos testimonio del Dios que nos llama y nos alienta a buscar el bien y la felicidad por encima de todas las dificultades.

Este aspecto de la misión es muy importante en la vida de los creyentes; también el estilo de hacer esa misión, desde el testimonio personal. Cobra una especial significación en este curso, que es el **año jubilar paulino** (en el bimilenario de su nacimiento; año que abarca desde el 28 de junio de 2.008 a 29 de junio de 2.009), ya que San Pablo fue el misionero por excelencia, que difundió el cristianismo en la Iglesia naciente.

Este curso, en las parroquias de Daimiel, **vamos a dedicar espacios para formarnos**: catequistas, jóvenes, todos los que tengan interés (Los segundos lunes de cada mes en el Centro Josefinas, por Manuel Crescencio Moreno Gómez) **en la vida de San Pablo y en sus cartas**.

¡No os canséis de ser buenos!

Pedro Crespo Arias
Párroco de San Pedro Apóstol